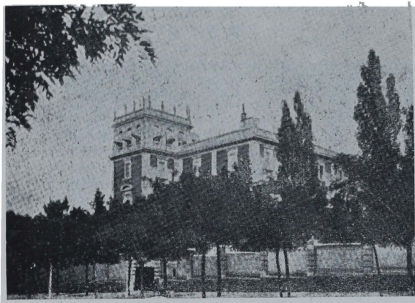


El Museo Lázaro Galdeano



El Museo Galdeano.

José Camón Aznar, sobre escritor, es catedrático. Nunca se encarecerá suficientemente lo importante que es en España ser universitario. El español, tan improvisador siempre, tan ligero a fuerza de brillante, necesita —véase el noventa y ocho— el esqueleto, por muy tenue que sea, de una formación universitaria. Huesos culturales para no propender a un anarquismo que, cuando se da, es sentimental las más de las veces, sin base científica.

El catedrático que hoy dirige, y con bastante independencia por cierto, la Fundación Lázaro, va a hacer de ella una cátedra, además de un museo. En la Sala de conferencias, que ahora se está preparando en el segundo cuerpo del edificio del Parque Florida, hablarán personalidades extranjeras y españolas.

—Quiero que sea la mejor Sala de conferencias de Europa; que canalice todos los estudios de arte...

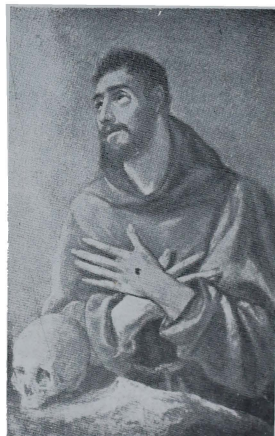


La Anunciación, hoja de misal.

Habrá, además, ediciones. Lázaro, coleccionista, en los últimos años había hecho olvidar al editor de la editorial y revista *España Moderna*, donde la firma de Menéndez y Pelayo se coteaba con la de Unamuno y la de Valera con la de la Pardo Bazán. Se movilizarán los fondos de la editorial.



Busto español, en madera, siglo XV.



San Francisco, por "el Greco".



El nuevo Museo organizado con los bienes que legó al Estado Español, Lázaro Galdeano, que se calculan en varios millones de pts. Comedor de Gala: En el centro vitrina que contiene marfiles de gran valor.

—Se editarán algunos códices e incunables que posee la biblioteca. Incunables, más de un centenar. Y quizá lo que editemos primero sea el Libro de los retratos, de Pacheco. Pero no sólo cosas antiguas. Habrá también una colección de monografías hechas por plumas modernas.

—¿Y el Museo?

La contestación de Camón Aznar fué la de llevarnos al Museo. Está al final de Serrano, se llama Parque Florido, tiene la gracia recargada del fin de siglo y aún hay por las salas de arriba algo de lo que fué la felicísima vida conyugal —a confesión de parte— del coleccionista.

Salas y salas llenas de demasiadas cosas. Una ahogada por docenas de armaduras...

—Esto, con todas las armas, va a ir a un patio. Lucirán más y dejarán ver los cuadros...

Los cuadros son árboles que no dejan ver el bosque. Aquí y allá nos podemos dar cuenta de un Leonardo de Vinci, varios Goyas, un Velázquez, Berrugetes, Vicentes López, el famoso niño de Lawrence...

—Son importantes los cuadros, por las firmas y por la cantidad. Pero aún lo son más los objetos preciosos. La orfebrería y marfiles medievales. Los dísticos parisienses de los siglos XIII y XIV. Los esmaltes, bizantinos, de Limoges... Los pequeños bronceos del Renacimiento...

La enumeración sigue según vamos viendo las atestadas salas. De vez en cuando, Camón Aznar nos llama la atención sobre una pieza única más. Pero es imposible ver tanta cosa. Todo está sin colocar, sin valorar, porque está demasiado junto lo uno de lo otro.

—Vamos a reformar el edificio. El arquitecto encargado de ello será Fernando Chueca Goitia. Despejar las salas, hacerlas más grandes, aclarar, para que luzca más la colección. En octubre queremos inaugurar el Museo... Y lo haremos. Pero no se crea que el Museo va a ser algo muerto. Convocaremos becas para que los estudiosos del extranjero puedan conocerlo y organizaremos exposiciones especializadas de esta riqueza. Solamente la colección de telas hispanoárabes y la de encajes serían ya motivo de una. El Museo tiene su archivo fotográfico y otro de referencias, semejante al del Instituto Fricck, de Nueva York, que movilizaremos...

—Haremos que nuestro archivo sea indispensable para documentar todo libro sobre el arte español...

Generosidad que es algo más que de erudito de



Cáliz de plata, de arte mudéjar.

arte. Si Camón Aznar no fuera escritor, el archivo se cerraría, tan amable, como una ostra a la curiosidad, que es lo que, ¡ay!, suelen hacer todos los archivos.

Nosotros pensamos en ese pueblo al que el liberal don José Lázaro debía ver con perfil preciso.

—¿Abierto al público el Musco?

—Sí; abierto al público con mi solo límite necesario, para que no pierda su carácter de selección: la entrada costará algo. Pero no hay que olvidar que la parte vital de la fundación va a ser la de las conferencias, becas, ediciones... El alma de ella.

—Ya. Y el Museo, algo así como el cuerpo. En conjunto, una entidad viva.

Escritores de España: Manuel Machado

Ana de Stael decía en 1800 que "el espíritu poético se inspira en un viento que procede del Norte y en otro que viene del Sur". Por lo que a España se refiere la frase encierra una realidad. Desde hace bastantes años, el meridiano ideal de nuestra poesía pasa por el Sur, es decir, por Andalucía. Acaso haya pasado siempre desde las casidas de los líricos árabes medievales. Pero vamos a referirnos solamente a las últimas promociones poéticas. En el último cuarto del siglo XIX quizá sea Salvador Rueda el que mantiene enhiesta la bandera del verdadero lirismo, frente a las decadentes y antipoéticas influencias de Campoamor, Nuñez de Arce, Grilo, Palacio y otros versificadores que no poetas. Después, con el nuevo siglo llegan a Madrid, y vienen del Sur, los tres líricos de la nueva generación: Juan Ramón venía de Palos de

chado era considerado por las minorías selectas como un buen poeta. Ya habían aparecido primeros libros de los dos Machados y de Juan Ramón. El primero en aparecer había sido el de Manuel, que también era el primero en el estabán. Por lo demás, en estos primeros libros ya estaban, si nos fijamos bien, la orientación y el temperamento de cada uno. El primer libro de Juan Ramón se llama "Arias tristes". El primero de Antonio Machado, "Soledades". El primero de Manuel, "Tristes y alegres". Ya está bien clara la orientación de cada uno. La orientación de su vida, que obedece al imperativo categórico de su temperamento sano y andaluz. En aquellos días que Rubén Darío se sienta en la "peña" del Colonial, donde el hierático, enfático y genial D. Ramón María del Valle, lee a los contertulios las pruebas de imprenta de los "Cantos de vida



Moguer. Los hermanos Machado de Sevilla. Veinte años más tarde, y durante la primera postguerra, otra generación de poetas trae del Sur los "ángeles" surrealistas de Alberti y las lunas "con polsón de nardos" que entran en las fraguas líricas y gitanas de García Lorca. El viento del espíritu poético, de la noble y auténtica línea lírica sigue llegando del Sur. Del Sur venían, aunque por otro camino. Pemán y Del Valle.

Y cuando en 1905, de regreso de Málaga, a donde va para saludar a Salvador Rueda, Rubén Darío se asoma a un balcón del hotel Paris, para contemplar esos cielos del otoño madrileño—cielos de Velázquez—, con rompimientos de nubes claras, y en la Puerta del Sol aspira ese oxígeno fresco que fabrica expresamente para Madrid el alto Guadarrama, ya Manuel Ma-

y esperanza" del poeta nicaraguense, para D. Manuel Machado, como para todos los de la "generación del 98", que ahora se extingue, era aún el tiempo de la "juventud divino tesoro".

En los Machados había como en los Santiagos evangélicos el mayor y el menor. Los dos habían terminado en Madrid sus carreras respectivas. El mayor, Manuel, se había hecho archivero bibliotecario. Antonio, desde muy joven, se hace profesor. Esto en las demás disciplinas, que en las letras serán otros dos hermanos "siameses", sevillanos como los Quintero, y unidos por la firma.

Ahora hemos de separar las dos personalidades para estudiar aisladamente la del mayor de los dos hermanos poetas.

Manuel Machado había nacido en Sevilla el 29 de